

La doble derrota de Juan Negrín

El País 26/02/1992

Cien años hace ya desde que nació y, a pesar de algunos meritorios esfuerzos por reivindicar su nombre, pocos políticos de la República habrán sido víctimas de tanta injuria como Negrín. Su memoria llega todavía envuelta en el desprecio general y en las más inverosímiles acusaciones, procedentes tanto de la derecha como de los anarcosindicalistas, por no hablar de los republicanos catalanes y de sus mismos compañeros del partido socialista, alguno de los cuales, viejo amigo por demás, como Indalecio Prieto, le negó el saludo y la mano para el resto de sus días. Todavía hoy es harto difícil encontrar entre los socialistas alguien dispuesto a sacudir el polvo caído sobre su figura.

El origen de tan generalizada inquina puede radicar en que, de todos los altos dirigentes no comunistas de la República en guerra, sólo Negrín se mantuvo hasta el final en pie. Los sublevados no podían entender las razones de su obstinada resistencia y la atribuyeron a manejos internacionales -comunistas, masónicos, judaicos- de los que Negrín sería marioneta. Los fieles a la República que dieron la guerra por perdida desde que los moros asomaron sus turbantes por el Manzanares le odiaban porque sólo Negrín era capaz de posponer una y otra vez, a pesar de los frentes derrumbados, el día de la derrota y aplazar así el momento de proclamar que tenían razón, que quienes afirmaron la inutilidad del sacrificio eran los únicos que tenían razón. Y, en fin, los que asumieron sus responsabilidades en el Gobierno y en sus partidos, porque el desastre de sus propias políticas -la de Largo Caballero como presidente del Gobierno y ministro de la Guerra en mayo de 1937, la de Prieto como ministro de Defensa en marzo y abril del año siguiente- no provocó la derrota inmediata de la República: Negrín fue capaz de reconstruir una coalición de Gobierno sin sindicatos en mayo de 1937 y de contener el derrumbe de la República con un Ejército a la desbandada en abril de 1938.

¿Qué extraña fuerza, qué razón oculta animaba a este hombre a resistir cuando todos los demás se hundían? La explicación acudió rápida a las mentes y los discursos: Moscú. Y así, por una vez, la propaganda de los rebeldes encontró un terreno común con la de los leales: Negrín era el instrumento de Moscú para controlar la República y establecer en ella la dictadura comunista. Gregorio Marañón, que salió de España con un carné de la CNT, lo fue diciendo ante audiencias internacionales, y Julián Besteiro, que se quedó con su carné de la UGT, lo decía en Madrid. Pero esa especie fue también verdad segura para Largo Caballero después de su caída del Gobierno, y el mismo Prieto no tardaría en unir su voz a la del coro cuando Negrín le despidió del Ministerio de Defensa. Esta acusación, compartida por socialistas y republicanos, sindicalistas y fascistas, se ha convertido en cómoda explicación de toda la política de Negrín.

Fue Prieto quien le obligó en septiembre de 1936 a aceptar el Ministerio de Hacienda, pero ¿cómo no ver ya la mano de Moscú en el nombramiento de un ministro que enviaría poco después el oro del Banco de España a la Unión Soviética? Fue Azaña, por decisión personal en la que nadie tuvo ocasión de entrar, quien le nombró, sin mucho donde elegir, presidente del Gobierno, pero ¿cómo no suponer la mano de Moscú en la designación del presidente que un año después, y con los frentes rotos, se mostró determinado a no claudicar y seguir así la política comunista de continuar la guerra?

Así se ha escrito la historia de la entrega de este cerebro de primera clase -como lo definió Hugh Thomas- a los comunistas. Pero en esa acusación apenas hay algo más que una interesada reescritura de la historia. Los comunistas, muy crecidos en poder político y militar bajo la protectora sombra de Largo Caballero, no estaban en condiciones de dictar su nombre para el Ministerio de Hacienda ni imponerlo después para la presidencia de Gobierno. Por supuesto, a pesar de su notable peso en la coalición republicana y de los sueños que a ese respecto abrigaba -contra el consejo de Togliatti- Dolores Ibarruri, los comunistas nunca pudieron imponer su hegemonía en el Ejército ni en la política republicana: como Azaña vio perfectamente, la Unión Soviética no estaba interesada en un triunfo comunista en España y, como el mismo fin de la guerra puso de manifiesto, el control de la República por el PCE estaba lejos de ser completo en los primeros meses de 1939.

Pero todo eso no fue óbice para juzgar lo que parecía su irrazonable decisión de resistir como un dictado de Moscú que se complementaba muy adecuadamente con una obstinación de carácter, una testarudez, cuando no una madería de dictador. La verdad, sin embargo, es más dura y más simple: las quejas contra Negrín que todo el mundo venía a contar al oído de Azaña se esfumaban en su presencia. Curiosamente, Negrín no tuvo que defenderse jamás contra ninguna verdadera conspiración encaminada a sustituirle en la presidencia del Gobierno. Y eso fue así no porque contara con el apoyo inquebrantable de los comunistas o con la confianza del presidente de la República, sino porque nadie pudo formular nunca, ni en el Gobierno, ni en lo que quedaba de las Cortes, ni en la comisión ejecutiva o nacional de su partido, una política distinta a la suya, ya que ninguna otra había si no era la del abandono puro y simple de las armas, la derrota sin condiciones.

Pues la política de Negrín, como sospechaban con razón los comunistas, fue la de buscar una salida negociada a la guerra: para eso, y no para perseguir una quimérica victoria, lo llamó Azaña a la presidencia del Gobierno. Ahora bien, para forzar esa salida, era necesario no darla por perdida, pues entonces no podría hablarse ya de paz sino de derrota. Negrín no habló nunca el lenguaje de la derrota, ni siquiera cuando era inminente. Y no lo habló no porque fuera tan iluso que creyera alguna vez en la victoria, sino porque nunca quiso abandonar el último e irrenunciable punto para firmar la paz: el compromiso de los rebeldes de conceder una amnistía general a los combatientes republicanos.

Si se leen los discursos de Negrín con el ánimo libre de prejuicios, se comprobará que al final las únicas condiciones que mantuvo para dejar las armas se reducían a la concesión de esa amnistía y a una vaga promesa de convocar un referéndum en el que los españoles pudieran decidir su futuro. El

problema de Negrín fue que para lograr esa mínima concesión, de la que Franco nunca quiso saber nada, debía contar con un Ejército en pie, un Gobierno en plenitud de funciones sobre su propio territorio y una mediación internacional. Su decisión de no poner fin a la guerra por un mero acto de abandono de las armas le impidió percibir que ni contaba con el Ejército republicano, ni tenía Gobierno ni había ninguna potencia europea dispuesta a mediar entre los españoles. Negrín fue entonces derrotado desde dentro de la República, pero no porque existiera otra política sino porque había sonado el fin de toda política: su doble derrota ante Franco y Casado -dos militares- es la razón del permanente envilecimiento de su figura que tal vez ahora, cuando se cumplen 100 años de su nacimiento, sea hora de revisar.

Santos Juliá es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales en la UNED.